



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA XIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

30/VI/2024.

Queridos hermanos:

Una vez más, el Señor nos convoca y nos une como iglesia, para celebrar la Santa Misa, la oración más importante de la Iglesia.

En esta celebración se cumple cuanto dijo San Pablo: *“Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús”* (Gál 3, 28). Aquí estamos reunidos personas de edad, sexo, condición social e ideas políticas diferentes. Nosotros, este día, no hemos elegido con quién queríamos reunirnos; hemos venido y nos encontramos unos junto a otros, unidos por la fe.

La Eucaristía es un culto público, nunca puede ser un acto privado, que no tiene nada de esotérico, de exclusivo. Todos, todos, por igual, hemos sido invitados. Lo que une en esta celebración es que somos hermanos (hijos del mismo Padre), redimidos por Jesús, guiados por el Espíritu Santo y miembros de la misma Iglesia.

En el Evangelio, hemos escuchado el bello relato de la sanación de la hemorroisa a quien Jesús dijo: *“Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud”*; y también el pasaje de la resurrección de la hija de Jairo, a quien, cuando le dijeron que su hija había muerto, Jesús le dijo: *“No temas, basta que tengas fe”*.

Vemos, además, que Jesús está en medio de su pueblo, oye sus preocupaciones, se deja tocar y corre a auxiliar a quien tiene algún tipo de necesidad de cualquier tipo. El Papa Francisco no se cansa de invitar a los sacerdotes a que seamos pastores con olor a ovejas, que estemos “delante, en y atrás” del rebaño.

En Venezuela, tenemos la costumbre, cuando le rezamos al santo, delante de una imagen, de pasarle la mano, como muestra de fe cariño y, de alguna manera, para arrancarle el favor que necesitamos. *“¡Santo que no se manosea, no hace milagros!”*, dice el adagio.

En tiempo de Jesús, el ritual judío prohibía tocar o ser tocado por personas que estaban en estado de impureza, como la hemorroisa. Y los sacerdotes y levitas de aquel tiempo tampoco podían tocar a los muertos. Jesús, sin embargo, no respetaba esas normas y hacia precisamente lo que estaba prohibido hacer, para manifestar que, por encima de la ley, está el amor, la solidaridad y la misericordia.

Hoy, una mujer sin nombre, sin dinero, sin esperanza y con doce años de enfermedad interrumpe el viaje de Jesús hacia la casa de un hombre con nombre, dinero y una hija de doce años enferma.

Y el Señor obra el gran milagro, por la fe de la hemorroisa y la fe de Jairo.

A veces, cuando hablamos de fe, nos quedamos en el ámbito, meramente teórico y decimos que la fe es una virtud sobrenatural por la cual creemos todo lo que

el Señor nos ha enseñado, se encuentra en la Sagrada Escritura y nos enseña la Iglesia. Es muy importante que aprendamos las verdades de la fe, que estudiemos el catecismo, que nos preparemos doctrinalmente. Lastimosamente, hay mucha ignorancia entre los fieles católicos y, por ese motivo, muchos migran a las sectas y movimientos pseudo religiosos, cumpliéndose el adagio: *“católico ignorante, seguro protestante”*.

La fe es algo más: es creerle a Dios, creer que todo lo que Él ha prometido se cumplirá, porque es fiel a su palabra; Jesús es el amigo que nunca falla. Por eso, constantemente, para obrar en nosotros, para concedernos un favor, nos pide que tengamos fe *“al menos del tamaño de un grano de mostaza”*. Cuántas veces, queridos hermanos, hemos escuchado las palabras de *“vengan a mí todos los que están cansados y afligidos, y yo los aliviaré”* y delante del Sagrario o en un momento de oración profunda, hemos tenido la experiencia que Jesús nos escucha, nos comprende, recibe todo lo que nos angustia, nos fortalece. Otra promesa que nos hizo Jesús fue la de que Él estaría con nosotros todos los días y cada día, cuando el sacerdote celebra la misa, se hace presente Jesús, en cuerpo, sangre, alma y divinidad.

Y la fe es, por encima de todo, confiar en Dios. Tener la certeza absoluta de que tenemos un Padre que nos ama inmensamente y nos dice por boca del profeta Isaías: *“¿puede una mujer olvidarse del niño que cría, o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, yo nunca me olvidaría de ti. Mira cómo te tengo grabada en la palma de mis manos”* (49 15-16). Bellamente decía San Carlos de Foucaul:

*“Padre mío,
me abandono a Ti.
Haz de mí lo que quieras.
Lo que hagas de mí te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.
Con tal que tu voluntad se haga en mí
y en todas tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.
Pongo mi vida en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí amarte es darme,
entregarme en tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre”*.

Y no nos olvidemos, como dice San Pablo: *“El que es justo por la fe vivirá”* (Rom 1, 17), es decir, debemos vivir como creemos, de acuerdo a los principios bíblicos, los mandamientos y bienaventuranzas, y siendo sal y luz para que otros se decidan por Jesús y su Evangelio. ¡Cuánta falta hacen testigos creíbles de Jesús!

Se cuenta que el gran filósofo de la antigüedad, Diógenes, salió por las calles en pleno día, con una lámpara en las manos, y le preguntaron qué buscaba y respondió: busco un hombre. Por supuesto, que no se trataba sólo de un hombre físico, sino integral: honesto, coherente, justo, leal, solidario, honrado. Otro tanto podemos decir en el ámbito religioso: buscamos un verdadero cristiano y no lo encontramos. Hay de todo tipo de cristianos: tradicionales, supersticiosos, mediocres... pero 100% cristiano, que tenga los mismos sentimientos de Cristo, y actúe como Él, es difícil encontrarlo.

Queridos hermanos, la hemorroisa quedó sana por su fe, la niña fue resucitada por la fe de su papá Jairo. El Señor también quiere hacer milagros en nuestras vidas, pero requiere nuestra participación, nuestra fe.

Estos dos grandes milagros dieron un gran testimonio del poder de Jesús, ya que las “personas quedaron fuera de sí, llenos de estupor”. Y Jesús les dio una orden: “les ordenó que no contaran”. ¿Por qué? Porque no quería curiosos, sino creyentes; y no quería que se manipulara ese hecho desde el punto de vista político.

Pidamos a Papa Dios: “Señor: yo creo, pero aumenta mi fe”. Así sea.

+ 
*Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/135